

BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

TOMO LXI

ENERO - MARZO DE 1978

Nº 241

vol. 6A

¿SOBREVIVIRA LA IDENTIDAD NACIONAL?*

Por RAMÓN ESCOVAR SALÓM

Venezuela es un país amenazado en su identidad nacional. Hace poco la Academia Nacional de la Historia, en un documento fundamental, declaró que Venezuela podía convertirse en un campamento, en una colonia de ambigua naturaleza, en una entidad sin pasado. Denunciaba la calidad y cantidad de los estudios que se han venido programando, para los distintos niveles de la educación, sobre la historia de Venezuela. Tendremos cada vez más estudiantes y ciudadanos que obtendrán sus títulos sin conocer la historia de su país, esto es, sin la menor conciencia de la identidad nacional. Todo esto sin olvidarse que desde hace años se viene falsificando la historia con la más promiscua intervención de pretendidas interpretaciones economicistas y sociologistas, productos de la confusión mental, de la ignorancia y de la más tardía y caprichosa aplicación de corrientes del pensamiento universal.

Esta denuncia de la Academia Nacional de la Historia no sé qué influencia podrá haber tenido en quienes intervienen en la estrategia de nuestra educación. Es grave por su contenido y por provenir de una institución cuya moderación y discreción son indiscutibles.

Pero hay algo más. Venezuela está amenazada, en su supervivencia como país, en un trayecto no largo de la historia y del tiempo. Estamos produciendo un tipo de población sin homogeneidad histórica y sin orientación nacional. No hemos tenido ningún acierto en materia de estrategia demográfica. Se calcula en un millón aproximado, si no más, el número de indocumentados colombianos, frente a los cuales no hay ningún tipo de decisión. Son indocumentados, entre otras cosas, porque no tienen documentación y porque tampoco se les ha dado el tratamiento que corresponde. El calificativo de indocumentado es deprimente. Pero al mismo tiempo la economía del occidente de la República necesita de su concurso y de su contribución. Son indocumentados porque por inercia legal y administrativa no ha habido manera ni siquiera de hacer un censo y definir una política. Es un asunto de jurisdicción interna. Pero no hay que olvidarse de que toda trasmigración —asimismo escrito, trasmigración— es un hecho que tiene implicaciones internacionales.

* La Academia Nacional de la Historia en vista de la significación de este trabajo, acordó insertarlo en su Boletín, como Editorial.

En diversas áreas del mundo hay problemas semejantes. Entre Estados Unidos y México, en el sur del continente, en Europa, en Asia. Las transmigraciones, como fenómenos de desplazamiento demográfico, van a requerir tratamiento internacional. En el futuro será preciso, para establecer un balance demográfico equilibrado en el mundo, orientar las migraciones, de los sitios sobrecargados a los lugares en donde el esfuerzo humano puede ser más necesario o rendidor.

Pero no es sólo el problema de los indocumentados colombianos. La población colombiana en Venezuela es estimada. Una política del Estado en relación con ella no debe ser pretexto para fomentar ningún tipo de xenofobia. Es un problema de ordenación, de claridad conceptual y si vemos más en el fondo, de soberanía.

Lo más grave es que nuestras fronteras, por su promiscuidad, están abiertas, no como producto de una acción sino de una omisión. Gentes de todas partes están llegando a Venezuela. De Europa, del sur del continente, del Caribe. No tenemos nada en contra, por prejuicio nacional, frente a estas corrientes migratorias. Venezuela es, por naturaleza, país de inmigración. Pero lo grave es que todo eso está sucediendo sin plan ni concierto, sin que las autoridades de inmigración tengan control suficiente, por carencia de instrumentación eficaz, de dotaciones humanas y, lo que es más grave, porque no hay una política en torno a materia tan esencial para el destino del país.

Se ha dicho mucho que la tendencia predominante del mundo es hacia el multinacionalismo, esto es, hacia la búsqueda de fórmulas integradoras y supranacionales. Eso es correcto. Pero también es cierto que los países pequeños no pueden renunciar a su identidad nacional, a sus defensas nacionalistas, precisamente para poder tener peso e individualidad en el momento de formular las estrategias integradoras.

A veces se habla de integración con ligereza. Como si fuera la palingenesia. Venezuela ha tenido siempre una visión grande, continental y universal, que heredamos de los fundadores del país. Eso es positivo. Nos da bríos. Nos enaltece. Pero sería ingenuo pretender ser los pagadores de la integración. Padecemos de un viejo complejo de país libertador dispuesto siempre a sacrificarse en beneficio de ideales próximos o lejanos, utópicos o realistas. Esa sensibilidad es respetable. Pero debe ser orientada, dirigida y formulada en términos Políticos y estratégicos. La integración no podrá ser nunca, ni conviene que sea, renuncia a la identidad nacional. ¿Han renunciado a su identidad nacional los Estados Unidos? ¿Lo ha hecho la Unión Soviética? ¿Lo pretende la República Popular China? ¿Lo ha imaginado alguna vez el Japón? ¿Pretenden los españoles, los italianos, los franceses, los alemanes, los holandeses, los ingleses, los suecos, los egipcios, dejar de ser lo que son? ¿Se ha formulado alguna vez la hipótesis de que para suscribir los efectos del Tratado de Roma que dio nacimiento a la Comunidad Europea había que sacrificar la esencia de la identidad?

Sin identidad nacional no hay tampoco integración. Si Venezuela renuncia a su identidad desaparece como entidad histórica. Sería, como ha dicho la Academia, un campamento, una comunidad ambigua, tal vez con petróleo, compradora y vendedora de artefactos, pero carente de una conciencia nacional y de respetabilidad moral y cultural.

Dicho todavía en otras palabras: para realizar la integración Venezuela no tiene que suicidarse. Para ser un país debemos tener fronteras y fronteras bien cuidadas, con convicción de lo que representan en el mapa y en la estrategia de los intereses mundiales. Como somos una nación costera, con intereses marítimos, hemos de tener poder naval. Y poder naval significa barcos de amplia maniobrabilidad, ya sean de guerra, pesqueros o mercantes. El Caribe es un área geopolítica de primera importancia. Nuestra identidad nacional en gran parte dependerá en el futuro de nuestra conducta en el Caribe. Con una costa de más de dos mil kilómetros habrá mucho que hacer en el área de la acción marítima.

La identidad nacional es todo eso. Saber lo que hemos sido y saberlo bien. Entender lo que somos y entenderlo bien. Imaginar lo que podemos ser. Pero en términos de impecable realismo. Y tener bien claro que para integrarnos con América y con el mundo no es necesario desaparecer.